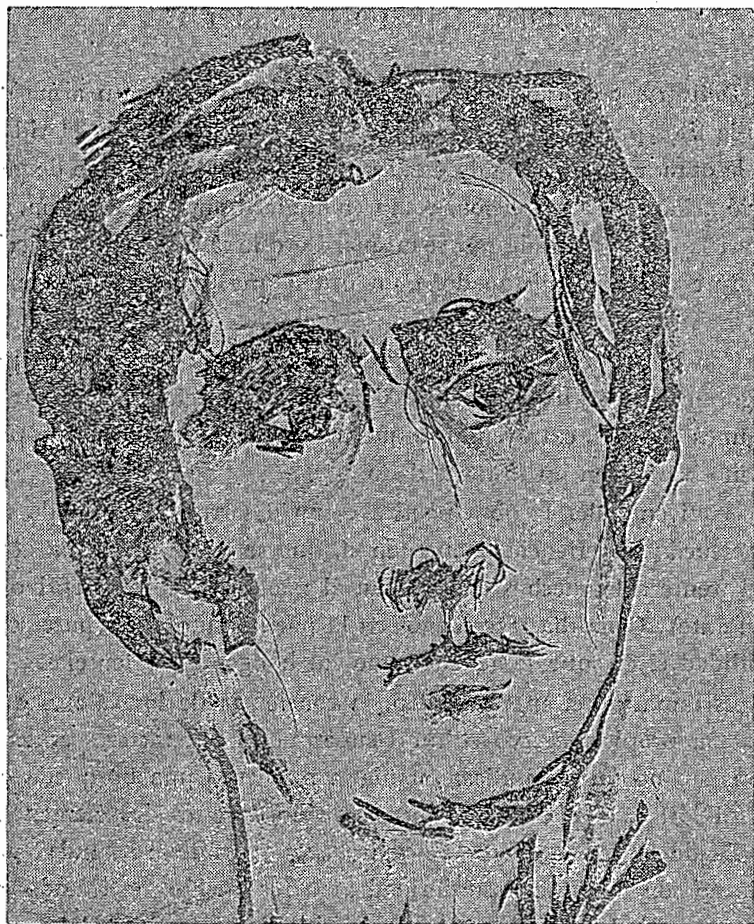


## Galvarino Plaza\*

*Galvarino Plaza, hijo de un notable pintor, define su poesía como un arma de doble filo. No se equivoca, pues ella en sus balbuceos —y ¿cuándo no balbucea la poesía, a menos que se cante con la seguridad de los pájaros?— apunta, con los dos filos del fuego, hacia mundos torturados e igualmente deshechos que se entremezclan y forman, como en bruto, el retrato que él está pintando, es decir, sustancialmente haciendo, de sí mismo. En este poeta urbano, que no podría ser sino de aquí y de ahora, poeta de soledad y convivencia con calles destartaladas y parques nocturnos, las cosas de todos los días cantan humildemente, con reverencia, interiorizadas en su propia atmósfera de nostalgia y de sueño. Está en sus versos el abandono del soñador que no se resiste a la vida y que expresa con hondura sentimientos que brotan de los buceos entrecortados del alma y que con eso mismo sale hacia afuera de sí con ojos transfiguradores. Sus paisajes son interiores, densos, a veces viscosos, pero son tan reales como él mismo. Diré que su poesía me entrega hondos paisajes y que puedo reconocer en ellos criaturas extrañas, a la vez remotas y familiares, que circulan taciturnas por las avenidas de nuestros sueños, que resultan siendo, misteriosamente, senderos del Mapocho o vericuetos de nuestra oscura ciudad. Todo está aquí todavía en formación, como en el comienzo de la noche. No se sabe si él llegará lejos con su carga mental. Lo importante es que sus palabras tienen densidad y que el peso mismo de la vida suele llenar de luz enigmática la sombra de sus cursos.*

LUIS OYARZÚN

\*Nació en 1931. Ha publicado *Se camina por las calles, se saluda* (1958) y *Algunos días* (1964).



**GALVARINO PLAZA**

Dibujo de MIREYA LARENAS.

## AUTODEFINICION ESTETICA

Definirse poéticamente es como tratar de limpiar un arma de doble filo; puede conducir a la ofuscación más que a la claridad de la obra, más aún cuando ésta se encuentra en un proceso de gestación. Para mí, un poema, como cualquiera obra de creación, es una resultante definida por sí misma. Lo que el poeta pueda decir siempre estará condicionado a un orden que puede interponerse entre éste y el poema.

Con el propósito de mantener independencia frente a lo que hago, entiéndase independencia de juicio, he preferido recurrir a algunos apuntes, extrayendo lo que me parece más importante por su motivación en un instante dado.

A mi entender la obra poética es un desarrollo vertebrado en su esencia: experiencia poética en sí, que se traduce en una actitud frente a los hechos que rodean al poeta (hombre receptivo y pensante). Cada día creo menos en la poesía fruto de la pura sensibilidad ciega, que se genera como los hongos o las lentejas.

Es importante, en este orden, la conciencia de los valores que nos son propios: acervo cultural superpuesto a caracteres étnicos. Con esto no quiero indicar en ningún momento una búsqueda de lo folklórico, que es un producto híbrido de estos dos elementos.

Desde mi primer libro "Se camina por las calles, se saluda" publicado con bastante posterioridad a su realización, he tratado de tomar conciencia de lo que para mí significa la actitud del poeta ante la certidumbre de un mundo que se debate entre la vida y la muerte. Esto ocurría cuando mis contemporáneos, en su gran mayoría y sólo con pocas excepciones, se entregaban fascinados a formas garcíaalorquianas y nerudianas, que para mí representaban dos grandes experiencias individuales sin una gran correspondencia con el instante que nos tocaba vivir, para suerte o desgracia nuestra.

# Traducción libre sobre el origen y la lluvia

## Seis Cantos

### CANTO PRIMERO

Algo existe que no puede ser traducido en sílabas,  
menos traicionar;  
el consejo llegado con el primer paso,  
el temor a que nos dejaran solos sobre la hierba verde.  
El ruido que hacen las hojas en el bosque  
está en las venas.

Nos aflora en muchas ocasiones  
la presencia de un oficio antiguo,  
adorna de un "gusto refinado" nuestras habitaciones.  
En el medio del sueño, cada cual, según el tiempo y la hora,  
se cubre de cenizas el rostro para una ceremonia.  
Ceremonia: acto solemne, ceniza: residuo de la combustión.  
Sí, en sueño, bebemos la sangre de un enemigo  
danzando alrededor de una hoguera.  
De donde nos viene este deseo de creernos descendientes  
de abuelos y bisabuelos héroes:  
Capitanes de Artillería, combatientes antiguos  
atravesando sin estupor la puerta del sol.  
Para qué buscar el nombre y el origen del nombre  
(digamos, estaba en el recado que un servidor indio  
perdió entre las piedras).

Soy el hijo de la hija de un hacendado  
que en la ciudad, después de perderlo todo,  
murió como mansa oveja.  
Ahí está todo el acervo que nada vale,  
existe en la memoria de otros pasos y otros gestos.

## CANTO SEGUNDO

Nos hemos ido acostumbrando a cosas alcanzables  
que no priven la mínima libertad de los actos diarios  
(las piedras siguen su existencia, hundidas en la tierra),  
sólo atinamos a imaginar cómo eran los caminos  
que descendían con el curso de los ríos.  
Nutridos a cada instante por este espejismo tan real,  
no alcanzamos a percibir las huellas,  
el paso lento,  
las manos aferrando un atado de anudadas sílabas.

Todo está dormido entre las palabras,  
en algunas partes apenas un grito gutural,  
con un compás de cuerdas de son triste,  
alaba la siembra y la cosecha.  
Sin heroísmo, con un secreto culto al silencio  
que nos hunde en la silla a ras de nuestra sombra,  
con actitud de profeta arrojado del redil.

Hablamos de la muerte con sonrisas —como antiguos  
cavadores de tumbas a la altura de la hierba—,  
tocamos con recelo la lluvia que humedece el rostro.  
La lluvia de esta tierra, la invitada de largas temporadas  
que acrecenta la mirada bovina, que atisba por nuestros ojos  
tristemente, la orgía de charcos y árboles cayendo  
despedazados con un ruido como de miles de hojas de barro  
cocido, que se quiebran.

Hay un terror en los huesos cuando el ramaje busca la tierra  
y sólo se aquieta cuando la madera se hace humareda.  
Alguien grita en este confín de la tierra,

donde los hombres se pasean con la vista en un cielo  
de puntos luminosos,  
bajo un pedazo de firmamento, con un deseo hondo de  
[agitar las manos,  
como un saludo al que sólo responde el follaje verde,  
o el vaho que sube desde la tierra húmeda,  
con figuras de huesos solos que recorren de noche la sal  
del desierto.

### CANTO TERCERO

Con los ojos abiertos de golpe sobre esta tierra,  
creo en el graznido agorero de las aves nocturnas  
y en los seres invernales evaporados en la sombra.  
En cada uno de los actos está la certidumbre de la leyenda:  
el hallazgo de una palabra mágica que hace abrirse las  
[mazorcas  
y que el sol de los veranos pueda ser pródigo en hojas.

Inútil resultará que se pretenda conocer la causa de estos  
[hechos.  
La tierra se deja herir por la pisada de un caballo sin herrar:  
la esperanza crea símbolos de cualquier ruido entre el  
[follaje,  
y los ojos pueden percibir en cualquier instante muros  
de ciudades que huyen de los dedos.  
En todos los rincones hay un culto que invoca la presencia  
por el conjuro.

Las piedras han quedado ciegas hace siglos  
y duermen como pesados animales.  
Los pastores recorren la tierra desértica con sus ganados  
[sedientos.

El labrador ara en silencio  
entre espíritus con forma de aves y animales invisibles.  
Siempre se espera llegar, de un momento a otro, la niebla,  
ropaje de las ánimas, que sube lenta desde el mar,  
arreada por un caballo que viene pastando lentamente por  
[los potreros,  
con un jinete ciego cansado de un destino conocido y traza-  
[do de antemano.

#### CANTO CUARTO

Condenado como caballo ciego dando vueltas  
el eje de un trapiche, sin premura, con fastidio,  
fastidio del cual no se conoce fin  
(tendrá término luego que la costumbre haya sido asesina-  
[da).

Empobrecida costumbre,  
ir sobre los pasos como el ciego sobre la sombra,  
que no conoce, ni le interesa.  
La sombra suele girar alrededor nuestro,  
se acurruca en las gradas de las iglesias,  
en los bancos de las plazas públicas.  
El día se enciende como un diminuto sol  
en el cartel que cuelga en el pecho del mendigo,  
en él está el nombre, la dirección del domicilio  
y el permiso para la mendicidad, como un trofeo.  
Las monedas en el tarro suenan, no faltan los ojos  
que desean mirar el fondo salpicado de quebraduras.

Para ver, oír y palpar hemos trazado un itinerario  
de lo que será nuestra vida, como si la lengua,  
fuera de ser frágil,

serviera para el trueque por el último deseo  
de un lisiado sin muro al alcance de los dedos.

Existe un reflejo ambulatorio  
prendido a cualquier pedazo de misterio:  
la caída de la sal o un pobre gato negro atravesando ante  
[los ojos,  
todo esto está en nosotros desde siglos, heredado sin saberlo,  
junto con todo los ritos de las noches de San Juan bajo las  
[higueras.

### CANTO QUINTO

Una vuelta a la chapa de una puerta.  
Clic, y todo queda dentro, seguro  
entre cuatro muros, queda perfectamente preservado:  
la niñez y los vicios.  
En este sitio resguardado  
he dejado algo más que la forma de mi cuerpo entre las sá-  
[banas,  
queda mi último sueño (los sueños son demasiado próximos  
a lo verdadero), en él fui vagabundo.  
El recuerdo de lo dicho cuando transitamos de espaldas  
a la vigilia,  
suelen seguirnos de día, igual que perros vagos de noche.  
“Para qué todo este cambio repentino en los deseos  
—mi rostro es mi propio gesto que me observa desde un ár-  
[bol del Paraíso—”  
Si tuviéramos la vida del gato,  
tal vez jugaríamos con las palabras con menos parsimonia.  
Con una paloma momificada espero a alguien  
que se fue hace tiempo con la lluvia.



Es seguro, más que seguro, que también perderé lo último,  
lo que me queda:

la sonrisa de mi madre (como un medallón antiguo que usó  
en los paseos vespertinos),

he dicho que no podrá escapar a la muerte su sonrisa.

Me la dejó olvidada entre mis papeles  
en vísperas de un Año Nuevo.

Jamás retornó por ella,

se fue con su orgullo antiguo que me hablaba de anchas tie-  
[rras al Sur

y piedras que cubrían el lecho de un río como un fuerte  
[abandonado.

Un río que atravesaba su infancia en la plaza de una ciudad  
llamada Chillán,

con el recuerdo de abuelos llegados del sur de Francia.

Así, seguidos por la muerte,

oímos voces desde otro extremo,

como si de pronto hubiésemos perdido el don del idioma.

## CANTO SEXTO

Vivo, ni más ni menos que otros seres, parecidos a mi rostro  
abandonado al sueño de las cosechas.

Un perro me pisa los talones mientras contemplo la tierra  
que cruje con el agua.

El sol me proyecta sobre el pavimento de la ciudad

en los pasos hay algo que atrae las miradas,

las sombras de las piedras desde largo tiempo me tatuaron  
[de pies a cabeza,

la presencia de los cultivos escalonados en grandes terrazas  
[que miraban el sol,

aún germina en cada uno de los gestos.

Entre las raíces alguien clama por su recuerdo:  
manos sabias en la forma del barro, rostros con pupilas au-  
[sentes que se afilaban  
en la distancia y en el manejo de pequeños utensilios domés-  
[ticos,  
con los cuales esperaban el alba arrodillados al menor indi-  
[cio de la muerte  
que conjuraba el sueño preñado de ruidos entre los altos  
[bosques.  
Todo está sobre esta tierra como sobre nuestro lecho que  
[nos acoge reducidos  
a un diminuto encuentro con nuestra antigua vigilia,  
la blanda pisada de las abarcas sobre las piedras no es más  
[ni menos segura  
que nuestro actual e inusitado transcurso sobre calles con  
[diferentes  
sombras proyectadas cuando el día se parte en dos mitades.

